

“¿No debías tú también compadecerte... ?” (Mateo 18, 21-35)

En diversos pasajes el Evangelio condiciona el actuar de Dios a nuestro modo de actuar. Así ocurre con el texto de hoy: la compasión que tengamos hacia los demás será la que Dios tenga hacia nosotros. Perdónanos “como nosotros perdonamos”... repetimos en la oración del Padrenuestro...

Sin embargo sabemos que el perdón de Dios no tiene medida y no puede someterse a nuestra capacidad de perdonar. ¿Cuál es entonces el mensaje? ¿Podría ser una llamada a la responsabilidad y al ejercicio consciente de la justicia, a pesar de nuestras limitaciones?

Todo lo que pedimos a Dios deberíamos estar dispuestos a darlo a los demás. Es interesante reflexionar al respecto desde la perspectiva de una cultura que nos promueve más como “demandantes de servicios” que servidores.

Queremos ser respetados, ser considerados, ser perdonados, ser asistidos en todas nuestras necesidades... ¿Estamos dispuestos a respetar, promover al otro, perdonar...? Es la llamada a la “mayoría de edad”, a la capacidad de romper el cascarón de la egolatría.

La fe en un Dios cuya capacidad de perdón no tiene límites no puede convertirse en refugio que minimice nuestras incoherencias o promueva la irresponsabilidad. Todo lo que pidamos a Dios debe revertir en llamada de compromiso personal. De esta manera el caminar cuaresmal debe ser un proceso de encuentro con Dios y con nuestros hermanos. El uno sin el otro, no tiene sentido.

La Hospitalidad nos brinda el enorme privilegio de encontrar a Dios en el rostro sufriente de las personas que están bajo nuestro cuidado. Esta espiritualidad sacramental, a partir de la cual entendemos estar sirviendo al mismo Dios en la vivencia de nuestra misión, es la misma que inspiró a nuestros Fundadores.

El Evangelio que hoy reflexionamos nos invita a comprender el compromiso Hospitalario no desde una relación asimétrica de ayudante a ayudado sino desde una condición de justicia y reciprocidad. Es Dios quien nos sale al encuentro en el necesitado reclamando el amor, el perdón, la asistencia que nosotros esperamos de Él. Entonces nuestra entrega, marcada por nuestras pobreza, se verá amplia y generosamente superada por el amor, la compasión, la asistencia de Dios.

